

ADVOCACIONES MARIANAS EN LA HISTORIOGRAFÍA GIENNENSE DE LA ÉPOCA MODERNA: LA OBRA DE FRANCISCO DE BILCHES

Por *Adela Tarifa Fernández*
Doctora en Historia Moderna por la
Universidad de Granada

A TRAVESABA su ecuador el xvii cuando vio la luz en Madrid, en la imprenta de Domingo García Morrás, una obra titulada *Santos y Santuarios del Obispado de Jaén y Baeza*. Su autor, el Padre Francisco de Bilches, Rector del Colegio de Jesuitas de Baeza, la dedicaba al entonces Obispo de Jaén, don Baltasar de Moscoso y Sandoval, Presbítero Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, Arzobispo de Toledo y Primado de España, del Consejo de Estado de Su Magestad.

Mucho se ha escrito ya sobre las circunstancias históricas que hicieron del siglo xvii una de las épocas más oscuras de la Historia de España. La crisis que padecimos, iniciada ya a finales del xvi, de amplios ecos políticos, sociales, demográficos y económicos, pareció tocar fondo hacia 1640. Ese año la mala gestión de nuestros gobernantes desembocó en graves revueltas internas, a las que se sumarían los desastrosos resultados de la guerra de los 30 años, los pactos adversos de Westfalia y los Pirineos, y la definitiva pérdida de nuestra hegemonía europea, tutelada en adelante por la rival y vecina Francia.

Desde luego eran años difíciles. Pero precisamente en ellos habrían de nacer, vivir y morir algunos de los más importantes artistas, intelectuales, teólogos, hombres sabios en suma, de nuestra historia. Así, entre el dolor y la miseria de la mayoría se gestó la gloria imperecedera de unos pocos. Nuestro Siglo de Oro, nuestro Barroco, el de los grandes místicos, el de la espiritualidad sublimada, fue el de nuestro protagonista: el Padre Francisco

de Bilches: un testigo directo muy especial del ocaso de España. Testigo también de aquellos prodigios que sólo pudieron ver hombres como él, menos apegados a lo material. Más preparados para ver lo que únicamente puede contemplarse desde los ojos de la fe.

Muchos y complicados resultaron los trámites que entonces acompañaban a publicaciones como ésta, antes de que llegaran al lector. Y es que las estrictas normas de censura vigentes en el pontificado de Urbano VIII recogen magníficamente el espíritu postridentino que se vivía en la época del autor, bien presentes aún los daños que causarían las desviaciones heréticas luteranas. Así, el rigor de Trento inspira sin duda el Decreto pontificio de 3 de marzo de 1625 (confirmado por el de 5 de julio de 1634), que prohibía imprimir cualquier libro sospechoso, debiendo supervisar los escritos el Ordinario diocesano, y el que prohíbe nominar Santo o Beato a quien antes no hubiera sido aceptado como tal por la Santa Iglesia Católica Apostólica de Roma, *«exceptuando tan sólo aquellos que la misma Santa Sede tiene ya escritos en el catálogo de los Santos, Beatos o Mártires...»*. Naturalmente el trabajo del Padre Bilches superó todas las pruebas, aunque este proceso llegara a retrasar la publicación más de 10 años.

Supervisada la obra por el Obispo de Jaén, ante quien el autor justifica su trabajo como simple muestra del voto de obediencia debida, tras proclamar humildemente que existen personas más cualificadas que él para realizarlo, Francisco de Bilches deja claro el móvil que le impulsa en este colosal esfuerzo: que *«no quede en la ignorancia el honor de los grandes Santos que han ilustrado (o naciendo o muriendo) este Reyno de Jaén, y hecho (o con su sangre o con sus heroicas virtudes) más que a otras ilustre esta Provinzia...»*.

El proceso seguirá su curso. Otorgado el visto bueno del ordinario Diocesano, la obra pasa por las manos de Hernando de Poblaciones, Provincial de la Compañía de Jesús en la Provincia de Andalucía, comisionado por el Padre Vicencio Carrafa, General de los Jesuitas. Éste emitió en Sevilla, el 15 de septiembre de 1648, licencia para su impresión. Inmediatamente después el Padre Iván Eusebio de Nüremberg ratificaba el permiso, y elogiaba el magnífico trabajo realizado por su autor, no habiendo encontrado en ella *«..cosa contraria a la Fe, piedad y buenas costumbres...»*. El Ordinario, Doctor don José Beno de Rey, Vicario de la Villa y Corte de Madrid y su partido hacía lo propio, y en octubre del mismo año la obra llegaba a manos de don Antonio Calderón, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia de Toledo, Capellán mayor del Real Convento de la Encarnación y Maestro de la In-

fanta María Teresa de Austria. Don Antonio, tras afirmar que conoce al autor personalmente desde hace años, manifiesta el profundo respeto que siente por un trabajo tan sabio, para declarar en el informe final que la obra auna «*la erudición y la devoción*», que otorga por ello su licencia de impresión, porque en su opinión «*los Santos son frutos del árbol de la vida, suavísimos al paladar divino*».

La protocolaria tasación realizada por los Srs. del Consejo Real «*a cuatro maravedís cada pliego, el qual tiene noventa y nueve pliegos sin principios ni tablas...*», fechada en 1653, finalizaba el proceso. La obra comenzaba su historia.

No voy a entrar ahora a valorar el significado general que tan magna publicación tuvo y sigue teniendo para el conocimiento de nuestra historia pasada, y muy especialmente en lo que se refiere al Reino de Jaén. Aunque el título refleja la orientación espiritual que la inspira, de sus páginas se desprenden datos valiosísimos que llegan más allá de lo meramente religioso, recogidos por una mente culta y minuciosa. Que de esta fuente beben muchos cronistas posteriores es indudable. Por eso no deja de resultar extraño que la obra tenga hoy escasa difusión entre los historiadores, merecedora de atenciones similares a las que tan justamente encontraron otros autores, como Argote de Molina, Jimena Jurado, o el Deán Mazas, por poner sólo algún ejemplo. Precisamente éste es uno, entre otros muchos motivos, que justifican el presente trabajo, aunque mi recorrido por estas nobles páginas que hace ya más de dos siglos escribiera el Padre Bilches se circunscriba monográficamente a aquellos aspectos que tocan la devoción mariana, tema siempre presente, pero que aflora con especial intensidad en este nuestro Siglo de Oro, el mariano y espiritual XVII español (1).

EL PADRE BILCHES Y LA ESPIRITUALIDAD DE SU ÉPOCA

Todo hombre es hijo de su época. Por ello el trabajo intelectual del P. Francisco de Bilches no puede entenderse fuera del contexto histórico a que pertenece, de la mentalidad del momento que le tocó vivir.

(1) Puede consultarse en relación con estos temas: DOMÍNGUEZ ORTÍZ, A.: *La sociedad española del siglo XVII* (Vol. II), Granada, 1992, y BOUZA ÁLVAREZ, J. L.: *Religiosidad contrarreformista y cultura simbólica del Barroco*, Madrid, 1990. También: BERNER, P.: *Para una teoría sociológica de la Religión*, Barcelona, 1971. FRANCISCO DE BILCHES: *Santos y Santuarios del Obispado de Jaén y de Baeza*, Madrid, 1653. Deseo hacer pública manifestación de gratitud a don José Juliá, historiador, de Santisteban del Puerto, por las facilidades que me dio en las consultas a sus fondos historiográficos.

Ha escrito un ilustre historiador actual que los hombres del siglo XVII vivían en un permanente estado de excepción, aludiendo con ello a la violencia, a la intensa lucha interna y externa que caracterizaba la época. Aunque quizá resulte ésta una afirmación demasiado radical, sí hemos de reconocer que para la mayoría de los españoles de nuestro Siglo de Oro la vida no era nada fácil. Por ello, sumidos en la desesperanza hacia lo terreno, atezados por rituales externos que generaban miedo, la vida tendió a concebirse en función de valores religiosos, especialmente en nuestra católica España.

Porque nadie duda que, tras el caos generado por aquellas terribles guerras de religión que dividieron a la cristiandad en los albores de la E. Moderna, España fue el bastión más firme para los católicos, para el papado, y a esta causa dirigieron sus gobernantes gran parte de las energías (2).

Así, admitiendo que para los españoles del siglo XVII constituyó una cuestión primordial la defensa de la ortodoxia católica, convencidos de vivir su gran época espiritual, precisamente cuando más fallaba el bienestar material, no debe extrañar que erasmistas, iluminados, moriscos, judaizantes, o cualquier sospechoso de luterano, fuese tenido por el peor de los enemigos. Porque ellos simbolizaban el peligro de ver asolado nuestro suelo en guerras de religión, como las que sacudían Europa. Y así se explicaría que en Trento, un concilio tan español como ecuménico, que dijera un día Menéndez Pelayo, destacaran nítidamente nuestros compatriotas, participando de modo activo en él hasta 163 españoles, entre los que estuvo el Cardenal Pacheco, obispo de Jaén, amén de eminentes Jesuitas, Franciscanos y Dominicos.

Fue en Trento donde nació el modelo organizativo del catolicismo que habría de perdurar hasta el Concilio Vaticano II. Allí lo hispano pesó mucho. Sus doctrinas tuvieron en Felipe II el más ferviente de los defensores,

(2) ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C.: «Los árboles y el bosque: la maquinaria ritual», EGIDO LÓPEZ, T.: «Mentalidad y percepciones colectivas», SÁNCHEZ LORA, J. L.: «La histeria religiosa del Barroco en la norma de las mentalidades. Reflexiones para una apertura», en: *Mentalidad e ideología en el antiguo Régimen*, Ed. Álvarez Santaló y Cremades Grifán, Murcia, 1992, (Vol. II), págs. 15-26, 57-71, y 139-134. También: FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, 1974, Vol. II, págs. 805 y ss. Abordan estas cuestiones: CORTÉS PEÑA, A. L.: «La Castilla de Santa Teresa», y BENASSAR, B.: «Los españoles y la religiosidad en el siglo XVI», en *Cuadernos de Historia* 16, núm. 110, págs. 4-8, 10-16.

como en la nueva Orden de San Ignacio sus más activos militantes: en sus filas, entre sus más preclaros representantes, habría de estar pasados los años el padre Bilches (3).

Porque la obra del jesuita Francisco de Bilches se inserta en ese cúmulo de publicaciones religiosas españolas que beben del espíritu de la Contrarreforma, que tienen en los Sermones, Summas teológicas, Meditaciones y Hagiografías temas predilectos. Eran por lo demás muchas de ellas obras didácticas, que calaban hondamente en unas masas populares poco cultas. Estas encontraban en el clero casi el único asidero de fe, por haberse ganado con sus ejemplos el respeto y la confianza de la mayoría. La predicación, las Misiones, fueron puntos de encuentro que mantuvieron al pueblo informado de temas espirituales, y por estas vías pudieron llegar al pueblo sencillo contenidos como los que encontramos en la obra del Padre Bilches, que sólo una minoría privilegiada podía leer y entender sin explicación previa. Y es que desde luego los Jesuitas acertaron muy bien a transmitir al pueblo la esencia de lo que para ellos era norma. Prefirieron acercarse a los fieles por el diálogo y el ejemplo personal que por la violencia, y encontraron en el culto a las reliquias y a los santos, en la visita a Santuarios, un punto de encuentro para fomentar las creencias religiosas.

El Padre Bilches es el mejor testimonio de ello, reflejando sus escritos las vivencias de aquella sociedad sacralizada del Barroco tan diferente a la nuestra. De aquel mundo en que no había tantos límites entre lo humano y lo celestial. Un universo donde no se cortaban relaciones entre vivos y muertos, unidos íntimamente en la santa hermandad de las Cofradías, compartiendo lugar común en el santo suelo-cementerio de conventos e iglesias, enlazados en el cotidiano mundo de las apariciones y milagros, esperanzados en la creencia firme de una vida eterna. Imaginando otra vida por fin justa e igual para ricos y pobres, como expresara Valdés Leal en sus Geroglíficos de las postimerías. Vinculados todos en el supremo acto de morir (4).

(3) DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: «Aspectos sociales de la vida eclesiástica en los siglos XVII y XVIII», en *Historia de la Iglesia española*. Madrid, 1979, Vol. IV, págs. 5-72. ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C.: «La religiosidad barroca: la violencia devastadora del modelo ideológico», en *Actas VII encuentros de Historia y Arqueología*, San Fernando, 1992, Vol. I, págs. 91-114. Puede consultarse: REGLÁ CAMPISTOL y CÉSPEDES DEL CASTILLO: «Los Austrias y el Imperio en España y América», Vol. III de la *Historia de España dirigida por Vicens Vives*, Barcelona, 1982.

(4) ARANDA DONCEL, J.: «Las predicaciones cuaresmales en el obispado de Córdoba durante el siglo XVII», y FLORES MUÑOZ, A.: «Fuentes bibliográficas impresas para el estudio de

Es posible que esta filosofía de vida y muerte es lo que ya no entendieran los más científicos y fríos ilustrados hombres del siglo XVIII, proyectando la felicidad y el bienestar del pueblo sólo desde medidas tan saludables como alejar los cementerios del entorno cotidiano, anular Cofradía y Obras Pías, reconducir la religiosidad por cauces oficiales. Entonces Trento quedaba lejano, y es muy posible que por eso les costara entender escritos como el del P. Bilches, y los condenaran al ostracismo. Porque no parece que a los monarcas ilustrados, pero más específicamente a sus ministros, pudiera enternecer en el XVIII aquellas barrocas descripciones que el autor dedica a narrar la heroicidad de mártires cristianos en tierra de moros, o los suplicios que padecieron misioneros en América; y puede que incluso les resultara chocante conocer el milagro que acontecía en Úbeda, cuando aquellos años de peste negra el Padre Fray Juan de la Concepción eligió la muerte, en brazos de los enfermos del Hospital de Santiago, a la vida serena de su Convento. Ellos no podían suponer que cielo y tierra estuvieron una vez más cerca. Como no se comprende hoy. Pero valdría la pena reflexionar alguna vez sobre lo que ganamos y perdimos en el cambio. Para ello hay que entender más, y juzgar menos. Sólo entonces los escritos del P. Bilches encuentran su dimensión. Y en ellos se respira fervor mariano (5).

LA VIRGEN MARÍA EN LA HISTORIA

La devoción a la Virgen María tiene raíces tan antiguas como la propia historia de nuestra religión, aunque sus manifestaciones externas no re-

la religiosidad popular cordobesa en la E. Moderna», en *Actas I Congreso de Religiosidad popular*, Cabra, 1994, págs. 67-84, y 415-429. Sobre temas de Cofradías resulta obligada la consulta a: LINGE CONDE, A.: *Las Cofradías de Sepúlveda*, Segovia, 1985, y RUMEU DE ARMAS, A.: *Historia de la Previsión social en España*, Barcelona, 1981. Puede verse también: TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Cofradías benéfico-asistenciales en la provincia de Jaén. La Cofradía de San José de Úbeda (siglos XVII-XVIII)», en *Actas VII Encuentros de Gremios...*, op. cit., págs. 101-110, y *Pobreza y asistencia social en la E. Moderna: La Cofradía de S. José y Niños expósitos de Úbeda*, I.E.G., Diputación Provincia, Jaén 1994. De gran interés para conocer éste y otros aspectos de la historia de Jaén es la reciente obra de CORONAS TEJADA, L.: *Jaén en el siglo XVII*, I.E.G., Diputación Provincial, Jaén, 1994.

(5) Puede consultarse en este sentido: GALÁN CABILLE, J. L.: «Madrid y los cementerios en el S.XVIII: el fracaso de una reforma», y PEREIRA, J.: «La religiosidad y sociabilidad popular como aspectos del conflicto social en el Madrid de la segunda mitad del XVIII», en *Equipo Madrid, Carlos III, Madrid y la Ilustración*, Madrid, 1988, págs. 223-54, y 255-298. TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Mortalidad catastrófica y religiosidad popular en Úbeda en la E. Moderna», en *Actas Congreso Religiosidad...*, op. cit., págs. 169-184. En relación con el tema también LINGE CONDE, A. y TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Mentalidad, guerra y religión en la obra de Fran-

sulten coincidentes para toda época o lugar, ni idénticas en lo puramente ritual. Así, en los aspectos más externos, esos que suelen reflejarse con nitidez en la religiosidad popular, las autoridades eclesiásticas tendieron por lo general a canalizar las prácticas espirituales, reconduciendo también el culto mariano por cauces oficiales, aunque en este punto no siempre lograsen sus objetivos (6).

De lo que nadie duda es de la importancia que tuvo y tendrá la figura de María, madre de Cristo, Dios y hombre, y de la total identificación que existe para un cristiano entre esa imagen, siempre tolerante y dulcificadora, con lo que desde los primeros años de su infancia, en cualquier época y lugar, alguien le enseñó sobre la vida y muerte de Jesús. Porque de su mano todos los cristianos se iniciaron durante siglos en las primeras oraciones, crecieron en la escuela, le cantaron en el trabajo, en el Ángelus del mediodía, que tan bien pintara un día Millet, y acabaron la jornada, en familia, con el rezo del santo Rosario.

Para los católicos María es eso, y mucho más. Su figura supera con creces la del personaje histórico que recogen las Sagradas Escrituras, como madre de Jesús de Nazaret. María juega un papel esencial en la teología de la Redención, madre de Cristo-Dios, mediadora de su gracia, investida de privilegios especiales, por ser concebida sin pecado, y asunta en cuerpo y alma al cielo.

Aunque la Iglesia no reconozca oficialmente hasta el Concilio de Éfeso, en el año 431 de nuestra era, que María es la madre de Dios, según recogen las *Constituciones Dogmáticas sobre la Iglesia* del concilio Vaticano II, parece fuera de toda duda que la devoción y respeto hacia la Virgen, su reconocimiento como figura esencial del Cristianismo, existió ya entre los primeros seguidores del mensaje que Jesús trajo a los hombres, acom-

cisco de Bilches. Una visión hagiográfica de la frontera hispano-musulmana», en *Actas Congreso Internacional «Estudios de Frontera»*, Alcalá la Real (1995), págs. 363-81.

(6) Sabido es, por ejemplo, que en Oriente tuvo mayor predicamento la imagen de la Virgen triunfante, que las manifestaciones que aluden a su presencia en la pasión y muerte de Cristo (Dolorosas, Soledad...). Se ha achacado también a filósofos o teólogos contemporáneos incidir más en los aspectos triunfantes del cristianismo. Sucede así con Teilhard de Chardin, inspirador de la Iglesia posconciliar. Lo que siempre resultó difícil es que fructificarán intentos para alejar imágenes de la Virgen de los altares. Puede verse: DELLA TORRE, L.: *La Madonna nel culto della chiesa*, Brescia, 1966, y NASHRALLAH: *María dans la sainte et divine liturgie byzantine*, Paris, 1955.

pañando a su hijo mientras éste predicaba paz, justicia y amor, y vinculada a los apóstoles desde que, tras la muerte y resurrección de Cristo, estos mantengan viva la llama de la misión encomendada, hecho perfectamente atestiguado, tanto en los Evangelios canónicos, como en los numerosos escritos apócrifos de la época, o en las primeras muestras de iconografía mariana (7).

Por eso, cuando las Instituciones eclesiásticas vuelven sus ojos hacia el culto mariano de forma oficial, en el siglo V de nuestra Era, la devoción a María se encontraba viva, porque nunca se había interrumpido, y así habría de continuar hasta hoy, aunque en aras del rigor histórico hayamos de reconocer que existieron épocas de mayor tibieza hacia la Virgen, como hubo otras de supremo fervor mariano, y entre ellas merecen destacarse los siglos bajomedievales, y los de la Época moderna, que tanto deben a la devoción actual a María (8).

Este amor a la Virgen, aunque no entienda de fronteras para los que profesan el Catolicismo, alcanzó siempre en España una intensidad muy especial. Buena muestra de ello es que a nuestra «Piel de Toro» muchos la conozcan cariñosamente con el apelativo de «la Tierra de María Santísima». Pero más aún habla de nuestro fervor mariano el cúmulo de publicaciones que abordan esta devoción en España desde las más diversas ópticas.

Hasta tal punto esto es así, que cada vez resulta más difícil encontrar temas inéditos para investigar en ello, extendida y estudiada la presencia de María en la vida cotidiana desde cualquier óptica que se elija. Y es que, sólo a tí-

(7) En el Nuevo Testamento la Virgen está presente acompañando a Jesús en el Templo de Jerusalén (Luc, 2:49), en el milagro de las bodas de Cana (Juan, 2,4), en una de las predicaciones de Jesús (Mat, 12: 47) y en el Gólgota, cuando Jesús pide a Juan que cuide de ella. Sobre la importancia de la figura de María en el Dogma y la Teología puede consultarse: SPADAFORA: *María Santísima nella Sacra Scrittura*, Roma, 1963. ALDAMA: *María en la Patrística de los siglos I y II*, Madrid, 1970, SCHMAUS: *Teología Dogmática. La Virgen María*, 2. ed., Madrid, 1963, GARCÍA-GARCÉS: *Mater Corredentrix*, Turín-Roma, 1940, ALONSO, J.M.: «Redemta et Corredentrix. el problema y su solución», en *Marianum*, 20, 1958, págs. 10-88. También: TRENS, M.: *Iconografía de la Virgen en el Arte español*, Madrid, 1946, y DANIELOU, J.: *Les Évangiles de L'enfance*, París, 1967. SANTOS ORTERO, A.: *Los Evangelios apócrifos; Proto Evangelio de Santiago*, Madrid, 1956.

(8) DILLENS CHNEIDER, C.: *El misterio de Nuestra Señora y nuestra devoción mariana* (2ª edición), Salamanca, 1965; GARRIGOU-LAGRAGE, R.: *La mère du suveur et notre vie intérieure*, Paris, 1948; ALDAMAJA, J.A.: «Los orígenes del culto mariano de imitación», en *Estudios Marianos*, 36, 1972, págs. 77-93.

tulo de ejemplo, si se entra en el tema de las órdenes religiosas encontramos que de las casi 300 congregaciones que hoy existen en nuestro país, la mitad se acogen a advocaciones marianas (desde los muy antiguos Mercedarios, a las más recientes Esclavas del Corazón de María, o Misioneras de María Mediadora). Si se pretende cuantificar y cualificar el culto mariano desde la clasificación de sus diversas advocaciones, resulta raro encontrar estudios locales que no hayan abordado ya el trabajo con minuciosidad, encargándose los estudiosos del tema de clasificar advocaciones de la Virgen que acompañaron y acompañan a la infinidad de Hermandades y Cofradías, escuelas, guarderías, bibliotecas, talleres, mutualidades, calles, jardines o plazas de nuestros pueblos de España. Y eso sin contar los nombres de la Virgen que sirven, desde la pila del bautismo, de seña de identidad a una gran mayoría de hombres, pero sobre todo de mujeres españolas, o las parroquias, ermitas, capillas y santuarios que la honran. Sí, María, los infinitos nombres de la Virgen, forman parte de nuestra esencia. Son nuestra propia identidad (9). Así lo vienen a reconocer hasta algunos intelectuales que, declarándose agnósticos, cuando llega la hora de referirse a la Virgen hacen gala de un tono especialmente afectuoso, declarando una vez, por ejemplo, Salvador de Madariaga que «el culto a la Virgen es lo que da más humanidad y gracia a la Iglesia Católica».

Un magnífico ejemplo de hasta qué punto el fervor mariano del pueblo, el triunfo de su fe sobre la razón, no pudo ser contenido lo encontramos en el tema de la Inmaculada Concepción. Porque hubo una época en la que aquellos que argumentaron en su contra, buscando el apoyo de superiores conocimientos teológicos, terminaron a la larga devorados por su propia sapiencia, reconociendo como dogma lo que otrora negaban.

Este dogma, anticipado por el concilio de Éfeso y defendido por grandes Padres de la Iglesia, vino a entrar en controversia en plena Contrarre-

(9) Sólo a título de somera referencia aludiré a algunos trabajos consultados: NIETO CUMPLIDO, M.: «La devoción a María, madre de Dios, en la Diócesis de Córdoba durante la Baja E. Media», FRÍAS MARÍN, R.: «La Cofradía de la Virgen de la Cabeza en el Reino de Jaén durante los siglos XVI y XVIII», y GÓMEZ MARTÍNEZ: «Ritos y símbolos de la religiosidad popular en la romería de la Virgen de la Cabeza en Sierra Morena», en *Actas de Religiosidad popular...*, op. cit., págs. 39-48, 221-231, y 449-55. También: SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F.: «El milagro de la Virgen de la Estrella: Apuntes sobre una devoción granadina en el siglo XVII», en *Actas VII Encuentros de Historia...*, op. cit., págs. 171-79. Para la provincia de Jaén cualquier estudio mariano tiene obligada consulta en las publicaciones que patrocina la Real Cofradía de Nuestra Sra. de la Capilla de Jaén, y la Academia Bibliográfica Mariana «Virgen de la Capilla» en sus revistas *Once de Junio*, y las *Actas de las Asambleas de estudios Marianos*.

forma a causa de la disputa entre algunas Órdenes religiosas, monacales y conventuales, azuzado el fuego por teólogos y filósofos. Pero nada ni nadie pudo con la creencia piadosa del pueblo, que no cesó en manifestaciones de fervor a la Inmaculada hasta que Pío V decretó en 1616 y 1617 la prohibición de defender en público cualquier tesis contraria a la Inmaculada Concepción, extendiendo en 1622 la prohibición al terreno privado el pontífice Gregorio XV (1655-67), por la Constitución «*Sollicitudo*», anticipo de la definición del dogma por Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Recibido todo esto con profunda satisfacción por los devotos españoles, los monarcas Felipe III y Felipe IV decretan que todos los sermones se inicien con una salutación Inmaculista, mientras los Dominicos perdían popularidad en favor de los Franciscanos, precisamente porque intervinieron en estas controversias con reservas al tema inmaculista, por mucho que hubieran intentado reconducir la devoción mariana hacia el culto al Santo Rosario (10).

Pero como ya dijimos antes hubo siglos marianos por excelencia. Y entre ellos están aquellos de nuestra atormentada baja Edad Media. Quizás porque cuando España comenzaba a nacer, y sus hombres curtían la historia a hierro y fuego, era más vital que nunca contar con la presencia dulcificadora de María. Quizás porque bajo aparente rudeza nuestros antepasados escondían ternura y buscaban valores eternos.

Sobre el tema de la espiritualidad cristiana en la E. Media también han nacido opiniones contrapuestas. Para unos no fueron tiempos positivos en la Iglesia, inmersa la cristiandad en la crisis y oscurantismo que afectaba a tantos aspectos de la vida, consubstancial con las épocas de tránsito. Para otros por el contrario estas mismas dificultades contribuyeron al renacer de una espiritualidad auténtica, llegando a referirse al siglo XIII como «El gran siglo mariano». Ciertamente es desde luego que en él se iban a construir aquellas

(10) La bibliografía que aborda el tema de la cuestión Inmaculista es amplísima. Remito nuevamente a las publicaciones de la Academia Bibliográfica Mariana «Virgen de la Capilla». También: HERNÁNDEZ DÍAZ, J.: «La iconografía mariana en la Escultura Hispalense de los Siglos de Oro», en *Cuadernos de la Fundación universitaria española*, núm. 9, Madrid, 1986; CERRATO MATEOS, E.: «La devoción a la Purísima Concepción en La Puente de D. Gonzalo en la E. Moderna», *Actas I Congreso de Religiosidad popular...*, op. cit., págs. 267-81. SÁNCHEZ HERRERO, J.: «Monjas, frailes, religiosas y religiosos en Andalucía Oriental en la B. Edad Media», en *Actas III Coloquio de Historia Medieval Andaluza*, Jaén, 1984, y «Corrientes espirituales en Andalucía en el tránsito a la modernidad», *Actas I Congreso de religiosidad...*, op. cit., págs. 9-13, y WILLIAM A. CHRISTIAN: «Religiosidad local en la España de Felipe II», Madrid, 1991. (Aborda este autor la cuestión Inmaculista y el voto a la Inmaculada en págs. 52 y ss.)

hermosas catedrales puestas bajo la advocación de Nuestra Señora. Y también lo es que el fervor a María se había ya revitalizado antes, en las reformas de San Bernardo o su Cister, continuado con intensidad por Dominicos, Franciscanos, Carmelitas, y otras Órdenes religiosas.

Fue San Bernardo de Claraval, un alma mística, un reformador insigne, maestro espiritual de toda su época, uno de los más fervientes defensores de la devoción mariana. Él puso siempre la teología al servicio de la vida espiritual, y caminó seguro por la senda de la vida que le inspiraba la devoción a María. En sus escritos la Virgen será siempre el punto de enlace entre Dios y los hombres, corredentora, mediadora, ejemplo de virtudes a imitar. Sus sermones, llenos de bellísimas advocaciones marianas, abrieron el camino de muchos seguidores. Así advocaba a María en uno de ellos:

«Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la Estrella, reza a María. Si eres agitado por las ondas de la soberbia, si de la detracción, de la ambición, de la emulación, mira a la Estrella, invoca a María. Si la ira o la ambición o el deleite carnal impelen violentamente la navecilla de tu alma, mira a María... En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón, y para conseguir los sufragios de su intercesión no te desvíes de los ejemplos de su virtud...» (11).

Los siglos siguientes serán herederos de esta hermosa doctrina, proliferando por doquier las muestras de devoción mariana, abogada María de todos los hombres, pero especialmente de los que más sufren. Así, la escuela franciscana y los carmelitas, esencia sublime de la espiritualidad bajomedieval, venerarán a la Virgen, presente en sus más esenciales devociones. No resuelta por ello extraño que desde las primeras fundaciones, cuando se levante en el Monte Carmelo una capilla, ya se titulen sus miembros *«hermanos de la bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo»* (12).

(11) San Bernardo de Claraval: Sermones del tiempo sobre las excelencias de la Virgen María, 2,17, cit en: DE PABLO MAROTO, D.: *Historia de la espiritualidad Cristiana*, Madrid, 1990, pág. 157.

(12) Véase al respecto: BALBINO VELASCO: *Los Carmelitas. Historia de la Orden del Carmen. El Carmelo Español*, Vol. IV, Madrid, 1993, págs. 10, 147, 194, 254-55 y 382-83. También DE PABLO MAROTO, D.: *Op. cit.*, págs. 182-84, y LINAGE CONDE, A.: «Las Órdenes Mendicantes», en *Cuadernos de Historia 16*, núm. 175.

En esta época medieval quedará definitivamente consagrada la devoción a María, integradas sus festividades en la liturgia romana, y difundido su culto con la proliferación de Santuarios, imágenes y sermones de temas marianos, nunca más interrumpido ya.

Resultó como dijimos doloroso para la humanidad el tránsito a la Época Moderna, tras el terrible siglo XIV, cuando la peste, la guerra y el hambre dominaron la Tierra. Pero poco a poco la crisis se superó. Entonces los hombres se cargaron de soberbia, enarbolando la bandera de la razón, y se olvidaron de mirar hacía arriba. Volvieron otra vez las guerras, ahora «de Religión», de la mano de Lutero, Zuinglio, Calvino, Enrique VIII...; Puritanos, Calvinistas, Hugonotes, Anglicanos y Católicos lucharon por lo terreno, excusándose en lo divino. Trento fue la reacción tardía a tanto mal para la Iglesia de Roma. Desde este concilio se defenderá un modelo de religiosidad en el que la figura de María habría de ocupar lugar privilegiado, destacando nuevamente en esta labor las órdenes religiosas, para potenciar esa misión mediadora de la Virgen que los Luteranos habían negado en sus doctrinas Cristocéntricas (13).

En adelante María estará presente en todos los momentos de la vida del católico; cuando se divierta, en Romerías; cuando sufra, en plagas, enfermedades y hambre. Porque sus festividades no eran profanas ni religiosas. Eran las «Nacionales». Eran de todos. Y entonces es cuando el nombre de la Virgen se pronuncia más que nunca, se multiplica hasta el infinito, recogidas, por ejemplo, estas advocaciones en estamentos de Úbeda: De los Ángeles, De los Siete Gozos, De los Cuchillos, De los Nueve Meses, Guadalupe, Antigua, Remedios, Angustias, Repudio, Coronada, Madre de Dios, Yedra, Cabeza, Rosal, Paz, Rosario, Carmen, Concepción, Purificación... (14). Y es que, como muy bien dijo un día Coronas Tejada refiriéndose a Jaén en el XVII «en la historia de la catolicidad no hay otro siglo en que la Mariología tuviera más desarrollo». Fervor mariano que se adentra sin merma al-

(13) Admiten los luteranos la figura de María como modelo de fe y buenas obras, madre de Jesús, pero nunca corredentora ni mediadora.

(14) PAREJO DELGADO, M. J.: «Religiosidad popular en Úbeda en el siglo XVI. Fiestas y devociones. El Corpus Christi», en *Actas I Congreso de Religiosidad popular...*, op. cit., págs. 195-211. RODRÍGUEZ-MOÑINO SORIANO y CRUZ CABRERA: *Historia del santuario y de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Yedra y Ntra. Sra. del Rosell*, Baeza-Jaén, 1993, y TORRES NAVARRETE, G.: *Nuestra Sra. de Guadalupe, Sra. de las Aguas, patrona de Úbeda*, Úbeda, 1994.

guna en el racional XVIII, donde los sermones del Redentorista San Alfonso María de Ligorio, volcados en la figura de María, despertaban indescriptible fervor popular, mientras tenían poquísimas simpatías iniciativas como la que tomaba en su diócesis de Canarias el Ilustre Obispo Tavira, cuando propuso reducir el número de imágenes marianas en las iglesias, por considerar que algunas no eran demasiado reverentes (15).

Para entender esta intensa devoción popular a la Virgen hay que transmutar desde luego épocas y espacios. Hay que saber del mucho consuelo que los hombres encontraron en ella cuando todo y todos les volvían la espalda. Y esas vivencias no se olvidan. Por eso, si buscáramos un nexo firme entre pasado y presente de nuestra religión, podríamos encontrarlo en María. Nada pudo mover su culto. Y hoy, cuando ciertos sectores de la Iglesia se muestran partidarios de frenar ciertas manifestaciones de fervor popular, parece que asistimos al renacer de otro gran siglo mariano, surgiendo voces tan autorizadas como la del actual Cardenal Martini, arzobispo de Milán y Jesuita, que en una reciente obra sobre la Virgen —*Da quel momento la prese con se*— manifestó su sufrimiento por lo que considera quizás «disminución del espíritu mariano en la Iglesia», «cierta disminución de familiaridad afectiva de María en el clero, no en el pueblo sencillo».

Hoy, como ayer, parece difícil que actitudes oficiales de tibieza al culto mariano puedan calar entre el pueblo español. Aquí, aunque el calendario oficial de la Iglesia recoja sólo 13 fiestas marianas, de las que tres lo son de la máxima solemnidad —Santa María Madre de Dios, Inmaculada y Asunción—, en realidad su culto oficial crece, manteniéndose la fiesta del Pilar y múltiples celebraciones locales, provinciales y regionales, cuya proclamación oficial compete a cada diócesis. El culto de María permanece vivo. Como lo estaba cuando Francisco de Bilches escribió esta gran obra de la que nos ocupamos ahora.

ADVOCACIONES MARIANAS EN LA OBRA DE FRANCISCO DE BILCHES

Aunque la obra del Padre Bilches que hoy comentamos —Santos y Santuarios del Obispado de Jaén y de Baeza— no pueda considerarse en modo

(15) INFANTES FLORIDO, J. A.: *Tavira, ¿Una alternativa a la Iglesia?*, Córdoba, 1989, págs. 391-94. Nacido en Iznatoraf, el Obispo Tavira tuvo problemas ante el Tribunal de la Inquisición por el celo mariano de algunos fieles y sacerdotes, que no comprendieron la razón de su propuesta. CORONAS TEJADA, L.: *Op. cit.*, págs. 223-249

estricto como un estudio de investigación mariana, su análisis nos adentra en la mentalidad de una época de nuestra historia en la que María estaba muy presente, por ello creemos que es posible recorrer de su mano los avatares más importantes que vivió nuestra tierra, el Reino de Jaén, desde sus tiempos más remotos hasta el siglo XVII.

Es en la primera parte de la obra, que el Jesuita dedica a los Santos (canonizados ya, o en espera de serlo) y Mártires de esta diócesis «...*que la ilustraron con su vida y defendieron con mano poderosa de los enemigos de la Fe...*», donde encontramos mayor presencia de advocaciones e historias en las que María está presente.

El obispado de Jaén y de Baeza prácticamente se correspondía en la época del Padre Bilches al propio término del Santo Reino, limítrofe con los de Toledo, Granada, Guadix, Cartagena, Córdoba, y la Abadía de Alcalá la Real. Tenía entonces cuatro Ciudades –Jaén, Baeza, Úbeda y Andújar–, cincuenta Villas, y numerosas aldeas o lugares poco poblados, aunque algunos de ellos fueran en otras épocas lugares florecientes. Tal era el caso, por ejemplo, de Cástulo, Tobaría, Turbula, Casto, Torca..., etc., incluidos todos en la Bética. La Diócesis se dividía en siete Arciprestazgos (Gobernaciones eclesiásticas), llamados Vicarías, de las que eran cabeza Andújar, Jaén, Iznatoraf, Baeza, Úbeda, Arjona y Santisteban del Puerto, división que el autor atribuye a las siete Iglesias-Catedrales que antiguas crónicas afirmaban haber existido en el Obispado de Jaén, antes que se llevara a cabo la concentración de sus jurisdicciones (16).

Ya en el capítulo primero de la obra, cuando el Padre Bilches alude a la llegada a España del apóstol Santiago, encontramos una referencia concreta sobre la Virgen. Porque el viaje del apóstol, que según el autor llegó hasta las tierras de Jaén, tenía como fin predicar la palabra de Cristo, dar noticia de su muerte y resurrección, y de «*la encarnación del Verbo, Hijo del eterno Padre, en las entrañas de María, Virgen purísima, concebida sin pecado original...*» (17).

Sobre la constante presencia de María junto a los apóstoles en los primeros años de la Iglesia, cuando los Emperadores romanos comenzaban a

(16) FRANCISCO DE BILCHES: *Santos y Santuarios del Obispado...*, op. cit., parte I, cap. I, págs. 1-2.

(17) *Ibidem*, cap. I, págs. 2 y ss.

poner a los cristianos en el objetivo de futuras persecuciones, encontramos un singular testimonio de nuestro autor. Él nos cuenta que en el año 36 de la era cristiana se había extendido ya por muchos lugares la noticia de la vida y muerte de Jesús, de su resurrección. Las crónicas de Juliano aluden a que en esos años unos grupos de hebreos de Hispania, noticiosos de la predicación del Evangelio y de la elección que Cristo hizo en Santiago el Mayor para que trajera su palabra a esta provincia romana, deciden mandar hasta Jerusalén a «Santos Varones» para exponer a los apóstoles el deseo de recibir su mensaje. Con este motivo viajaría a los Santos Lugares San Eufrasio, acompañado por Indalecio, estableciendo contacto con S. Pedro *«de palabra y por escrito»*, quien les recibió con mucho júbilo, y *«dadas las gracias a Dios, y noticia a la Virgen Nuestra Señora y demás apóstoles»*, favoreciendo la pronta llegada a España de Santiago. San Eufrasio fue nombrado por Pedro obispo de Roma, y enviado de nuevo a España para predicar en las tierras del sur. Estos sucesos acontecían hacia el año 44, dato que ya nos acerca a la posible muerte de la Virgen, seguramente en el año 58, un año después del martirio de este santo varón. San Eufrasio sería por lo demás primer obispo de Iliturgi (Andújar), según cuenta Livio Apiano, encontrando a su llegada a la ciudad un lugar pagano *«...como si fuera una selva inculta, llena de idólatras...»*, en el que predicó los misterios de nuestra fe *«...la Encarnación de Christo, nuestro bien, su Nazimientto, Vida, Muerte y Resurrección, y ascensión al Cielo...»* (18).

Nuevos datos sobre los últimos años de la Vida de la Virgen, y su constante presencia entre los nuevos cristianos, los recoge el P. Bilches en el capítulo X de la obra, relacionados ahora con la vida de S. Hieroto, obispo y confesor, natural de Arjona.

Apoyándose en diversas crónicas y testimonios, entre los que cita a S. Lucas, y en falsos cronicones, como era común en su siglo incluso entre los más rigurosos historiadores, nos cuenta como este santo fue enviado muy niño a Atenas, para que realizara estudios superiores, lugar en el que tuvo los primeros contactos con cristianos, siendo bautizado en Jerusalén poco antes de la Ascensión de Cristo. Maestro de grandes sabios, como Dionisio Areopagita, al que convirtió al cristianismo, Hieroto acompañó a Pablo en

(18) *Ibidem*, Cap. II, págs. 12-13. Sobre la autenticidad de la hagiografía a que aludimos puede verse la noticia ad vocem de LINAGE CONDE, A., en el *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastiques* (en prensa).

muchos viajes, siendo el primer obispo de Atenas. Pero su nombre pasaría a la historia sobre todo porque mereció asistir a la muerte de la Virgen, escuchando sus últimas palabras. Así relata Francisco de Bilches estos momentos: *«Instava el tránsito a mejor vida de la Reyna de los Ángeles, a los setenta y dos años de su edad, según la más cierta opinión, y para celebrarle más traxo Dios por ministerio de los ángeles a los Apóstoles, y Varones Apostólicos de varias partes de mundo..., del número desta santa congregación fue San Hieroto, y mereció juntamente con ella recibir la bendición de la Santísima Virgen, y oír de su boca aquellas dulces, aunque últimas palabras... y certificados todos su asunción a los Cielos...»* (19).

Tendremos que situarnos ya en los momentos finales de la época antigua para que las advocaciones marianas vuelvan a pasar por la pluma del autor, cuando, dejándose llevar de las fuentes imaginativas antes aludidas, relata la vida de otro ilustre santo relacionado con el Reyno de Jaén: San Amando, obispo de Cástulo.

Aunque nacido en Aquitania, su temprana vocación religiosa le llevó hasta «Ogia» (también «Augia») isla próxima a Francia, prácticamente deshabitada, donde el santo practicó la oración, soledad y penitencia. Cuentan que allí se había fundado un monasterio benedictino, y que Amando pidió ser recibido, pasando más tarde al monasterio de Turón, y viajando a Roma con S. Nicasio *«de su misma posesión e instituto religioso»*. De vuelta a Francia Clodoveo le propuso como obispo, *«...y fue de los que llaman Regionarios, cuyo oficio era predicar el Evangelio, sin asignación a Iglesia ni lugar»*.

Pronto llegó S. Amando a España para organizar en el 650 un concilio contra los Monotelitas, siendo nombrado obispo de Cástulo. Eran aquellos años de disputas teológicas. Y cuenta el P. Bilches que entonces habían llegado desde Francia Teudio y Eladio *«hombres sacrilegos, aficionados a la herejía de Ioviniano, a quien refuta S. Gerónimo..., y sembraron por España que la Madre de Dios avía parido con lesión de su entereza virginal, novedades ni oídas ni pensadas en estas tierras...»*. Convocado Concilio en Toledo para acabar con la herejía, según recoge una crónica de Juliano, del

(19) Ibid., cap. X, págs. 21-26. Sobre el tema de la muerte-dormición de la Virgen: JUNGLE, M.: «La mort et l'assomption de la Sainte Vierge», en *Studi e Teti*, 114; Ciudad del Vaticano, 1944. MAGGIONI: «La morte della Madonna in scritti recenti», en *Scuola Cattolica*, 81, 1953, págs. 33-50.

año 666, destacó el santo por su defensa a la Virginitad de María, afirmando el Padre Bilches que la Virgen le recompensaría por ello, pues al morir, el 6 de febrero del 670, reinando Recesvinto, una Santa tuvo la visión de contemplar cómo entraba en el cielo, hallándose Santa Aldegunda en oración ante «*un altar de Ntra. Señora del monasterio de Malbodiense...*» (20).

Así llegamos a la E. Media. Esa fecunda época de exaltación mariana, plena de rasgos heroicos y románticos, pasa por la pluma del padre Bilches en evocaciones magistrales. María fue compañera de las tropas cristianas en su lucha contra el moro, y no habrá ciudad reconquistada que no levante altares en su nombre. Iglesias, Catedrales, capillas, o humildes ermitas a la Virgen dulcifican aquellos siglos atormentados. Pero sigamos el relato de nuestro protagonista.

A caballo entre dos épocas, entre el mundo germánico, de los visigodos, y el Islam, nos sigue contando vivieron los santos Teodiselo y Sisebando, obispos de Baeza y Martos respectivamente. Cuando las tropas de Tarif avanzan la devoción mariana había calado ya lo bastante como para que los cristianos se jugaran la vida ocultando sus imágenes. Y eso hicieron nuestros santos, que antes de sufrir martirio pusieron a buen recaudo las imágenes «*de Nuestra Sra. del Alcázar, Nuestra Sra. del Rosal, Nuestra Señora de la Peña, prendas inestimables de Baeza. También a Nuestra Sra. de la Cabeza, y otras que después se han allado por divino beneficio...*» (21).

Pero fueron más marianos aún los siglos bajomedievales. Y para constatarlo basta con recordar a algo de lo que el Jesuita nos cuenta.

Por su relato sabemos que tras la batalla de las Navas de Tolosa el peligro musulmán se irá alejando. Pero Todavía Alfonso IX padecería grandemente en el desastre de Alarcos. Para purgar los pecados y merecer el perdón hizo duras penitencias, recibió los sacramentos, dio limosnas....., entre ellas destaca el cronista las que fueron destinadas al monasterio de la Huel-

(20) FRANCISCO DE BILCHES: *Op. cit.*, cap. XXX, págs. 73 y ss. Puede consultarse para esta época: THOMPSON, E. A.: *Los Godos en España*, Madrid, 1971. Para cualquier localización de monasterios Benedictinos, u otra consulta sobre estos temas, resulta de obligada: LINAGE CONDE, Antonio: *San Benito y los Benedictinos*, (7 tomos), Braga, 1993-95. Desco hacer pública manifestación de gratitud y reconocimiento personal al profesor Linage Conde por las valiosas orientaciones que he recibido de él en la elaboración de este trabajo, y por cuanto para mí representa su valía humana y científica.

(21) *Ibidem*, cap. XXXII, págs. 83 y ss.

gas de Burgos, *«hábito e instituto del Cister... (que) dedicó a la Reyna de los Ángeles, de quien era muy devoto...»*. Devoción que plasmó en numerosas fundaciones bajo advocación mariana, porque el Rey pobló los lugares de *«Virgenes Sagradas»*.

El reinado de Fernando III tiene especial significado en la historia de Andalucía, y más específicamente para tierras de Jaén. La conquista definitiva de Baeza, en 1227 constituye todo un acontecimiento, y el primer acuerdo tomado también: había que restaurar su Catedral. Puesta bajo la advocación de S. Isidoro, como antes, convenía rogar a Dios que nunca más cayese en manos infieles, *«...y para asegurar la petición, al título del santo Arzobispo añadieron el de Nuestra Señora, conforme al uso de aquel tiempo, introducido por el Rey Santo D. Fernádo en la Restauración de Iglesias-Catedrales...»*. María está presente, como lo estará en las numerosas Cofradías que se funden:» la de la Encarnación. De la Assumpción, por otro nombre Ntra Señora de Agosto. La de los Ángeles... *«destacando entre las reliquias más venerables «...una bugeta de leche de los pechos de la Virgen María Nuestra Señora...»*.

Más tarde vendría la dedicación de la Catedral de Jaén, relatado con deleite aquel ceremonial que siguió a la entrada del Rey Santo en la capital: *«...precedía el ejército en orden, por sus tercios y vanderas, todos vestidos de gala, y sumamente alegres. Luego los religiosos, clérigos y preladados. Después la imagen de Nuestra Señora, a quien tocaba la gloria de aquel día, sobre unas andas ricamente aderezadas, y en ombros de sacerdotes revestidos, y últimamente el Rey, acompañado de los Grandes, y Señores de León y Castilla, los Maestres de las Órdenes Militares, y muchos caballeros, todos a pié, como pages, y criados de la Reyna de los Ángeles...»*. Y así, cantando el *Te Deum*, llegaron los cristianos a la Mezquita Mayor, levantaron altar a la Virgen, dedicaron el Templo a ella. Después el obispo de Córdoba, D. Gutierre, ofició la primera misa. Una nueva vida comenzaba para Jaén en nombre de María.

En el siglo XIII continúan aflorando de las páginas de esta obra advocaciones marianas. Nos cuenta, por ejemplo, como murió en 1271 don Sancho de Aragón, santo y mártir, arzobispo de Toledo, hijo de Jaime I el Conquistador, en cruel lucha contra Abenethar, señor de Málaga. Fue su martirio en un lugar entre Martos y Torredonjimeno, invocando a María. No en vano su temprana vocación religiosa fue privilegio especial, *«...llamado de la Reyna de los Ángeles..»*. Después nos relata en el capítulo XLVIII la histo-

ria de Lucía y su hijo, Mariano. Nacida ella en Santiago de Martos, reinando el Rey Santo, sintió siempre gran devoción por los Santos, y «*en particular la del Rosario, obsequio muy propio y agradable a la Reyna de los Ángeles, María madre de Dios y Nuestra Señora...*». Difundida esta devoción al Rosario por los Dominicos, en este caso como en otros María era el eje sobre el que giraba la vida de muchos devotos. Y lo hacía con tal intensidad que sólo vivían para imitarla: nos cuenta el Jesuita cómo la santa Lucía fue hecha prisionera por los moros, cautiva en Granada, donde llegó la hora de alumbrar a su hijo. Recordando a la «*Reyna de los Ángeles*», se retiró a un establo y rezó el rosario. La Virgen la acompañó «*tomó al niño de su mano, y Cristo con las suyas le bautizó, y puso por nombre Mariano...*», meditando los misterios «*de la Purificación de la Santísima Virgen...*» (22).

Nuevas advocaciones marianas encontramos al leer la vida de S. Pedro Nicolás Pasqual, natural de Valencia, obispo de Jaén y Baeza. Nos cuenta Francisco de Bilches cómo el santo fue instruido desde muy niño en la fe, tomando pronto el hábito de Padres Redentores «*de Nuestra Señora de la Merced, de la mano de Fray Arnaldo de Carcasona, sobrino de San Pedro Nolasco...*», en el año 1250. Sería el obispo uno de los primeros fundadores de su Orden en Baeza y Úbeda, convirtiendo al cristianismo con sus sermones a numerosos musulmanes durante los años de cautiverio que pasó en Granada, mientras les hablaba «*de la Biblia y los profetas, en los cuales se había hablado de la Santa Encarnación, de la Circuncisión, y de la Adoración, y de las otras cosas de Cristo, y de la Virginidad de Nuestra Santa la Virgen Santa María...*». Devoción a María del santo obispo que Bilches insiste en destacar, dando en su crónica cumplida cuenta de los honores que Jaén le dispensó tras su muerte, entre los que se encuentra la elevación de un altar con imagen de la Virgen «*Nuestra Señora*» (cuenta que esta imagen estuvo en la Iglesia del Castillo). Acabó sus días martirizado

(22) Ibid., cap. XXXLIII, págs. 101 y ss., cap. XLIII, págs. 125 y ss., Cap. XLVI, págs. 132 y ss., Cap. XLVII, págs. 136 y ss., y XLVIII, págs. 138 y ss. Puede consultarse para esta época: TARIFA FERNÁNDEZ, A.: «Úbeda fronteriza y cristiana en la historiografía giennese de la E. Moderna», en *Congreso internacional sobre la Frontera oriental Nazarí como sujeto histórico*, Lorca, 1994 (en prensa). PAREJO DELGADO y TARIFA FERNÁNDEZ: «Fernando III y su época en la historiografía giennese», en *Actas IV Jornadas de Historia militar (Cátedra General Castaños)*, Sevilla, 1994, págs. 521-40; LINAGE CONDE, A.: *Alfonso VI. Un Rey hispano y europeo (1065-1109)*, Burgos 1994.

por los musulmanes, el año 1303, según datos que recogen Argote de Molina y Jimena Jurado, a los que remite el Jesuita.

El odio injustamente supuesto que manifestaban los musulmanes hacia la figura de la Virgen es tema que no pasa desapercibido para el Padre Bilches. Así, al hacerse eco en el capítulo LIV del martirio de numerosos santos naturales de Santiago de Martos —tema que también trata el cronista Valera en su historia de Enrique IV, de 1469, y la crónica del Condestable Iranzo— comenta cómo los moros entraron en la Iglesia, y, tras asesinar a 400 fieles, volvieron luego las iras a «*las Santas Imágenes, deshonraron el Crucifijo, y la devota figura de Nuestra Señora la quemaron...*», profiriendo terribles blasfemias contra ella (23).

Sobre la profunda espiritualidad que caracterizó nuestra Edad Moderna ya hemos hablado anteriormente. Lógicamente, ésto se hace sentir en la obra del P. Bilches con largueza. Pero limitándonos exclusivamente al tema de la devoción mariana que nos ocupa comenzamos esta etapa en el reinado de Felipe II, el gran abanderado de la contrarreforma católica. Granada hacía años que cayó, pero los moriscos replegados en la Alpujarra preparan el escenario de nuevas guerras. Esta tierra, áspera, brava y hermosa, vio correr ríos de sangre nacida de la intolerancia, y hasta ella llegó la más dura represión de aquel siglo, causada por la torpeza política del Estado, y por la violencia desmedida de unos pocos fieros Monjes. Nunca se detallaron antes martirios tan crueles como los que ahora relata el Padre Bilches, ni blasfemias tan horrendas como las que el Jesuita pone en la boca de Aben Farax. Así, a título de ejemplo, el cabecilla moro se dirige al Venerable Juan Lorenzo Corbera, mientras le martirizan, en presencia de sus hermanos, también mártires, Pedro Lorenzo, María y Ana: «*Perro, no tiene Dios Madre...*». Este odio hacia la madre de Dios debió abrir heridas aún sangrantes por las nuevas doctrinas luteranas. Y es posible que influya en que el reinado de Felipe II destaque en devociones marianas. Los votos locales o colectivos en las fiestas a la Virgen se extienden por todos lados, a la par que renace la devoción a Santa Ana, madre de María. Una tendencia que iba a culminar en el XVII, «Siglo de María», en el que el papa Urbano VIII,

(23) FRANCISCO DE BILCHES: *Op. cit.*, cap. L, págs. 143 y ss., cap. LI y LII, págs. 152 y ss. (el nombre de María se menciona con frecuencia, como propio de algunas santas martirizadas por los musulmanes), y LIV, págs. 157 y ss.

por edicto de 1630, hace que se generalice reconocer como patrona de cada pueblo a la Virgen que se veneraba en el santuario principal (24).

Como era de esperar, la presencia de miembros del clero, especialmente regular, tiene ahora espacio muy destacado en la exaltación mariana. Franciscanos, Dominicos, Carmelitas y Jesuitas dejan testimonio de su devoción a María, patente en advocaciones múltiples. Sirvan como ejemplo la fundación de conventos de Clarisas: en Granada, por Sor Isabel de la Cruz (Antes Isabel de Ábalos), natural de Baeza, con el nombre de «*La Encarnación*», ubicado junto a la parroquia de los santos Justo y Pastor, y el de «*Nuestra Señora de la Paz*», en Málaga. Y los numerosos del Carmelo reformado, tema a que alude el P. Bilches cuando relata el paso de S. Juan de la Cruz por la soledad de La Peñuela «*tierra de Baeza, casi en lo más áspero de la sierra...*», lugar escogido por una docena de ermitaños entre los que predica el santo, hasta lograr que «*..de junta de hermitaños, él hizo convento de religiosos reformados de Nuestra Señora del Carmen, siendo instrumento desta obra el padre Fray Gabriel de la Concepción, natural de Úbeda,...*» dando por nombre al nuevo convento «*Jesús María del Monte... muy acertado, ...porque unían con ello la caridad de Cristo, nuestro bien, y la devoción de su Santísima Madre...*». Y así, invocando «*especialmente el auxilio de la Virgen Nuestra Señora...*», entregó su alma a Dios en 1606 el muy ilustre Jesuita Diego de Guzmán, insigne teólogo nacido en Baeza y que promovió en Úbeda la fundación de un Colegio de Niños de la Doctrina Cristiana. Orden religiosa a la que también perteneció el Padre Blas Palomino.

Sobre éste último nos cuenta Bilches cómo nació en 1570 en La Higuera de Andújar. Hijo de padres nobles y muy devotos, heredó de la madre un especial amor a la Virgen. Hasta tal punto que con 4 años «*fue con sus padres a novenarios a Nuestra Señora de la Cabeza, Santuario de los*

(24) Ibid., Cap. LVI, págs. 163 y ss.; HURTADO DE MENDOZA: *La Guerra de Granada*, Lisboa 1627. E. introducción y notas de BLANCO GONZÁLEZ: Madrid, 1976. También CARO BARRAJO: *Los moriscos del Reino de Granada*, Madrid, 1976; W. CRISTIAN: *Op. cit.*, págs. 47-53. Afirma este autor que la devoción mariana en el reinado de Felipe II se pone de manifiesto en las numerosas advocaciones a la Virgen que tienen ahora los santuarios (cuadro 3.3). Respecto a la veneración de imágenes el decreto *De sacris imaginibus* regulará su culto en los templos desde Trento, un concilio que, aunque intentó corregir excesos sobre el tema, no menoscabó con sus doctrinas las devociones locales a la Virgen, cuestión en la que los padres conciliares mostraron especial sensibilidad. Puede verse el respecto HERNÁNDEZ DÍAZ: *op. cit.*

más célebres de España», donde su madre le pidió a María que lo pusiera a su servicio, siendo llamado por ello muy joven al sacerdocio, hasta morir martirizado en Filipinas por la fe (25).

Entre las páginas 251-292 se ocupa el P. Bilches de hacer un recorrido por la historia de los Santuarios del Obispado, precisando previamente que debe entenderse por tales los «lugares religiosos que venera la piedad cristiana con particular afecto, y culto, porque, o son depósito de reliquias santas, o custodia de imágenes sagradas...».

La minuciosidad que caracteriza la obra se hace patente en detalles como éste, y en la advertencia que le sigue, para que el lector entienda piensa centrar su atención más en lo primero que en lo segundo. Es decir, Bilches se ocupa del tema de las reliquias, no de las imágenes, aunque realice una rápida alusión a las que entiende tienen mayor veneración aquí, destacando entre las Vírgenes estas advocaciones: «...la Virgen del Alva, la del Soterraño y la de la Capilla», en Jaén. Nuestra Sra. del Alcázar, la de los Mártires y la de la Peña, en Baeza. A poca distancia Nuestra Señora del Rosal. La Virgen de la Cabeza y la de Zocueca, en Sierra Morena. Nuestra Señora del Castillo en Bilches. Nuestra Sra. de Cuadros, en Bedmar...

Lógicamente, al tratarse de un tema de reliquias las alusiones marianas disminuyen, porque la ascensión de la Virgen hizo casi imposible localizar reliquia alguna de ella. Pese a todo la presencia de María encuentra otros cauces para manifestarse, incluso en un capítulo como éste: festividades, nombres propios de devotos, dedicación de capillas, hallazgo de imágenes..., etc., emanan del relato. Nosotros recogemos algunas para completar este trabajo.

En el capítulo I de esta segunda parte aborda el autor los orígenes del Santuario de Arjona. Aquellos prodigios presenciados por los devotos dieron lugar a congregaciones multitudinarias y actos de piedad colectiva, entre las que destacaron las «fiestas a Nuestra Señora». Eran aquéllos años especialmente difíciles, entre 1630-40, y muchos hombres miraban al cielo en busca de esperanza. Los milagros que contemplaron tantos, entre los que Bilches cita a las devotas María Fernández Alcalá, María Falcón y María del Salto, dieron ímpetu a la piedad popular. Muchos afirmaron haber sa-

(25) F. BILCHES: *Op. cit.*, Cap. LXII, págs. 194 y ss.; LXIII, págs. 198 y ss.; LXV, págs. 205 y ss.

nado gracias a los Santos de Arjona: de parálisis, de fiebres, de garrotillo... Entre ellas estaban María de Vargas, y Sor Luisa María, monja de la Concepción, de Granada (26).

El Santuario de Baeza, aunque tiene sus orígenes en 1629, alcanza mayor auge hacia 1639, fecha de grandes fiestas y conmemoraciones según el Jesuita. Todas estas manifestaciones de piedad confluían en «*La colegial de Nuestra Sra. del Alcázar*». Los prodigios y las apariciones se suceden. Entre ellas nos cuenta Bilches cómo un niño, hijo de D. Juan Bilches Pedraza «...mi hermano (encontró) una imagen de Nuestra Señora (oy llaman de los Mártires). Su altura poco menos de una tercia; la materia barro colorado tan endurecido con el tiempo que parecía jaspe, o mármol; el ropaje muy curioso, túnica Romana, aunque ceñida, manto caído por el hombro, y sobre él esparcidos los cabellos. Tiene en brazos al Niño Jesús, todo al natural, y hermoso a maravilla; con una mano sujeta un globo, y con otra echa su bendición. Consultados algunos escultores insígenes, que han visto la imagen, juzgan confirmar ser obra de Romanos, y de lo más primero de aquel tiempo, tanta su antigüedad y hermosura...».

Continúa Francisco de Bilches su emocionado relato comentando cómo la Virgen fue adecentada debidamente, cediéndola a la Catedral «*donde fue llevada por el mes de mayo del mil y seiscientos treinta y cuatro, y con una solemnísimas procesión general..., y se colocó en la Capilla del Sagrario, y Tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde hoy la venera así la ciudad como toda la comarca...*». Sin duda el Jesuita era el primero entre los devotos de María (27).

Pero creo llegada la hora de concluir este breve recorrido mariano por la obra de Francisco de Bilches. Y para la ocasión quise reservar algo muy especial: el testimonio emocionado de amor que otro Jesuita hizo a María

(26) Ibidem, parte II, Cap. I, II, y III, págs. 251 y ss. GALOT, J.: «El problème de la mort de Marie», *Nouvelle Revue Théologique*, 79, 1954, págs. 1-024-43. KLOPPENBURG: *De relatione inter peccatum et mortem*, Roma, 1951.

(27) FRANCISCO DE BILCHES: *Op. cit.*, Cap. V y VI, págs. 259 ss; en el capítulo siguiente (págs. 266 y ss.) nos cuenta el autor el impacto que causó en Baeza y su entorno tan importante hallazgo. Cómo se informó al obispo, de qué modo se reconoce el lugar «conforme a las disposiciones del derecho, Santo Concilio de Trento, Breves y Decretos apostólicos...». Fiestas rogativas, procesiones se suceden en el lugar en que estuvo la imagen de la Virgen y una Santa Cruz, hallándose también numerosos restos humanos. El lugar fue frecuentado pronto por multitud de devotos.

con su vida y sus escritos. La mística poética mariana del Padre Pedro de Espinosa.

Nacido en Baeza en 1598, hijo de don Antonio de Espinosa y doña Isabel de Bilches, nos cuenta Francisco de Bilches que desde muy niño «...antes de amanecer, sin que nadie le obligara, dexava la cama para dar gracias... y hincado de rodillas delante de la Imagen de Nuestra Señora, de quien siempre fue devoto, rezaba el Rosario y algunas oraciones que se sabía de memoria...». Misionero en Paraguay, Chile, Argentina y otros lugares de América, dedicó su vida a evangelizar indígenas, para morir martirizado invocando el nombres de María. Su amor a la Virgen quedó para siempre plasmado en hermosísimos poema escrito en octavas reales, que servirán de epílogo privilegiado a este trabajo. Démos la voz al poeta, herido de amor:

Ser infinitos, pues de Dios los dones,
¿qué católico habrá que no lo diga?
Qualquiera que quisiere con razones
probar aqueste intento, lo prosiga:
Lo que al presente roba corazones
Y al casto amante piel y manos liga
Es ver que, por María, Cuello de oro
Se comunica siempre este tesoro.

Yo confieso Princesa y Madre mía
(Que ya mi madre tengo de llamarte)
Que a ley de ser tu siervo, yo devía
Perpetuamente más y más amarte,
Pues siempre como tu hijo cada día,
Me ampara tu favor en toda parte.

Y mucho menos es lo que yo cuento
Que lo que dentro de mi pecho siento.

Cuento, que con tu ayuda, Madre Santa
escapé de peligros evidentes,
Viéndome con el agua a la garganta,
Arrebatado yo de sus corriente:
Siento que tu favor, y ayuda es tanta,
Que acudiendo a los tiempos convenientes,
De aquellos referidos me sacastes,

Y de otros mil peligros me libraste.

Cuento, que por los montes, sin camino,
Sin guía ni favor humano alguno,
Tu maternal cuidado me previno,
A tiempo no pensado, y oportuno:
Siento que con razón perdiera el tino,
Si hubiera de contar de uno en uno
Los casos en que muerto me quedara,
Si tu manutención me dexara.

Cuento, que a veces Indios y enemigos
Del Sacrosanto nombre de tu Amado,
Queriendo de mi muerte ser testigos,
Para dárme la, ciegos me han buscado:
Siento, que en vez de gusto, tus castigos
Los pobrecitos Indios han llevado,
Librándome tu amparo poderoso
De su furor, y encuentro peligroso.

Cuento, que con ligero movimiento,
Cayendo de cabeza en peña viva
Quedé tendido, sin vital aliento,
Sin conocer la gente con quien iba:
Siento que aquella vez, y otras sin cuento
Fuiste mi arrimo en que mi vida estriva.
A ti, mi Madre, qual polluelo vengo,
Tuya es mi vida, pues por ti la tengo.

Por ti la compañía de Dios Hijo
Jesús mi Redentor, yo fuy llamado,
Por ti, quiero acabar en ella fixo
El curso de mi vida comenzado:
Por ti, se acabó al fin un mal prolixo,
Que me impidiera en ella aver entrado,
Quando pesadamente un mal amigo
en un estanque elado dio conmigo.

Por ti, en Guadalquivir no fui anegado,
Passándole por vado antiguamente:
Por ti, de su corriente arrebatado,

Pude escapar, al fin, dichosamente:
Por ti, siendo novicio, fui librado
De un hoyo profundo claramente,
Donde cayendo, fue prodigio extraño
Quedar yo libre, sin lesión, ni daño.

Por ti, mi dulce Madre, muchas veces
de toros y de fieras me he eximido:
Por ti no he sido ya manjar de pezes
En el profundo piélagos metido:
Por ti, del mundo las amargas heces,
Y su mortal veneno no he bebido:
Por ti, también del daño sin reparo,
Espero seré libre con tu amparo (28).

ANEXO DOCUMENTAL

ADVOCACIONES MARIANAS EN LA OBRA DE FRANCISCO DE BILCHES:

*SANTOS Y SANTUARIOS DEL OBISPADO DE JAÉN Y BAEZA**Inmaculada Concepción (Pureza, Virginidad de María):*

Apartado I: Capítulos II, XXX, XXXI, L, y LXIII. Páginas 2, 78, 82, 144 y 200.

Apartado II: Capítulo III, página 256.

La Virgen, Nuestra Señora:

Apartado I: Capítulos II, X, XXX, XLIII, XLVI, XLVIII, L, LI, LIV, LXIII, LXV y LXXIII. Páginas: 13, 22, 25, 79, 127, 133, 141, 145, 147, 159, 202, 229, y 236.

Apartado II: Capítulos I y VII. Páginas 251, 266 y 268.

La Encarnación:

Apartado I: Capítulos II, XLIII y L. Páginas 13, 28 y 144.

El Nacimiento: Apartado I: Capítulo II, Página 13.

Virgen del Tránsito (Muerte / Dormición de María):

Apartado I: Capítulo X, páginas 22, 24 y 25.

Reina de los Ángeles:

Apartado I: Capítulos X, XXXVII, XLIII, XLVI, XLVII, XLVIII, LXXIII. Páginas: 24, 28, 102, 133, 137, 139, 140, 141, y 242.

Santísima Virgen:

Apartado I: Capítulos X, XLVIII. Páginas 22, 139, 140.

María, Madre de Dios:

Apartado I: Capítulos X, XXX, LVI, LXIII. Páginas 25, 78, 176, 202.

Asunción:

Apartado I: Capítulos X, XLIII. Páginas 25 y 28.

Santa María:

Apartado I: Capítulo XLV, página 28.

Virgen del Alcázar:

Apartado I: Capítulo XXXII, página 84.

Apartado II: Capítulos I, V, VI, VII. Páginas 251, 260, 262, 268, 269, y 270.

Virgen del Rosal:

Apartado I: Capítulo XXXII, página 84.

Apartado II: Capítulo I, página 251.

Virgen de la Peña:

Apartado I: Capítulo XXXII, página 84.

Apartado II: Capítulo I, página 251.

Virgen de la Cabeza:

Apartado I: Capítulos XXXII y LXVII, páginas 84 y 213.

Apartado II: Capítulo I, página 251.

Nuestra Señora de Agosto:

Parte I: Capítulo XLIII, página 28.

Virgen de la Leche:

Parte I: Capítulo XLIII, página 29.

Rosario, (Virgen del):

Parte I: Capítulos XLVIII y LXXIII, páginas 138 y 236.

Purificación:

Parte I: Capítulo XLVIII, página, 140.

Virgen de la Meced:

Apartado I: Capítulos L y LI, páginas 143 y 150.

Nuestra Señora la Virgen Santa María:

Apartado I: Capítulo L, página 145.

Virgen de la Paz:

Apartado I: Capítulo LXII, página 194.

Virgen del Carmen:

Apartado I: Capítulos LXIII y LXVI, páginas 200, 211 y 212.

Jesús María del Monte:

Apartado I, Capítulo LXIII, página 200.

Virgen del Alba.

Virgen de Soterraño.

Virgen de la Capilla.

Virgen de los Mártires.

Virgen de Zocueca.

Virgen del Castillo.

Virgen de Cuadros.

Apartado I: Capítulo I, página 251.